

Cuando empecé a armar esto era que fuera una reunión de aquellos que fuimos amigos de Ricardo y por eso mismo se me ocurrió que lo mejor era organizarlo una semana antes del fatídico hecho de la muerte de Ricardo porque mi deseo y el de los amigos es el de recordarlo como era en vida. Por eso mismo también ustedes no van a escuchar una reunión académica, sino que amigos que han venido de muy lejos y estos que somos de acá cerca, Alex Droppelman ha venido de Chile, Luis Orinto Telles ha venido de Brasil, Eduardo de Parque Centenario y yo del barrio de los trabas. Vamos a referirnos a él a través de anécdotas de nuestra amistad con él. Quiero empezar leyendo algunas cosas que sí me hicieron llegar algunos colegas y amigos que no pudieron venir, uno es Daniel Piacek, que me mandó un mail diciendo un compromiso con la escuela Sigmund Freud de Rosario me impide estar presente en este acto homenaje a Ricardo al cumplirse un tal vez demasiado largo año de su desaparición física. Quienes lo conocimos sabemos que se trataba de un tipo especial. No es frecuente en la comunidad analítica alguien con ese humor corrosivo e irónico a la vez que comprometido con el trabajo. De los años que compartimos el dictado del seminario en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, como en la etapa que transitamos en la Revista Sócrates, guardo los mejores recuerdos, Daniel Piacek.

Sergio, aunque intentaremos ir algunos de nosotros te hacemos llegar nuestra adhesión al recordatorio que le harán a Ricardo, quien fue miembro del consejo de asesores y un asiduo colaborador de Utopía, un abrazo, Alejandro Vainer, que es miembro de la dirección de Topía. También Gustavo Perkin me mandó este mail diciendo: Sergio amigo: mucho, tanto cuanto y como te agradezco la invitación, (lo había invitado a venir). Siento mucho no poder ir. Ese día 22 de marzo deberé estar en Aracayú, donde me invitaron a hablar en la Universidad algunas chusmetas de psicoanálisis. No es mucho lo que tengo que decir de Ricardo, o mucho y por eso no lo puedo decir. Por eso te pido que digas en mi nombre y de mi parte que me hubiera gustado hablar mucho más con él, de psicoanálisis, de mujeres, de la vida, de la muerte, de cuentos y poemas. Que me da bronca que se haya muerto, que si hubiese sabido lo cagaría a piñas para que no se muera, un abrazo fuerte, Gustavo.

Lo de Ricardo Goldemberg es una especie de diálogo vía mail. Ahora van a ver por qué. Querido Sergio: (esto es de Ricardo Goldemberg un colega que vive en San Pablo y que era muy amigo de Ricardo)

Cuando me mudé para acá en el '83 no tenía laburo, no hablaba la lengua, ni tenía adonde vivir. No conocía a nadie y mi única reserva de capital eran los 500 dólares que mi viejo me puso en el bolsillo al tomar el avión. Parece un drama, pero en verdad fue una época muy extraña y divertida. Me había venido apostando en una mano que no conocía, creo que eso se llama precisamente un ciego en el pócker, y aquí no hay certeza anticipada, tal vez un puro deseo de que se haga lo que sea. Divertida, pero como te imaginarás no exenta de angustia. En relación a esta lo que me sostenía era sin duda la correspondencia, en particular la correspondencia con el ruso. El humor del ruso en aquella época y durante al menos 6 años nos escribíamos una larga carta por semana. Notablemente dejamos de escribirnos con frecuencia cuando él y yo habíamos dejado de ser un par de perdedores. Pero es sobre eso sobre lo que te quiero contar. En una de ellas yo me quejaba del éxito de un tal Graurillard, que diciendo dos o tres cosas elementales en sus conferencias era reverenciado como un apóstol de Lacan. A partir de allí y atendiendo al apellido de este señor, las cartas de mi amigo me llegaban dirigidas al Herr Profesor Richard Goldemberg.

No preciso decirte lo mucho que me hizo reír esta interpretación que me hacía y se hacía. Fue a partir de esta carta que inventamos la hoy famosísima teoría biológica de la perdedorina y sus aplicaciones médicas e industriales que estoy seguro conocerás. En fin, fue también después del descubrimiento del suero de la ganadorina que le dije que guardaría muy bien sus cartas para venderlas después que se muriera como hizo Fliess con las de Freud. Y ahora tengo aquí este paquete de cartas que ya cuestan una fortuna pero no estoy demasiado seguro de querer deshacerme de ellas. Afectuosamente, Ricardo Goldemberg.

P.D.1: cuando el ruso se murió le dije a mi mujer que a partir de ese momento Buenos Aires se había transformado en una ciudad definitivamente extranjera para mí. Cuando viajaba para allá iba a verlos a mis viejos y a él, era el único amigo que tenía en la Argentina y eso no se si habla bien de él o mal de mí, pero en todo caso quiero decir que eso a dejado de ser cierto, ya que vos y yo nos hemos hecho amigos en épocas tormentosas.

P.D.2: Supongo que el público, en el caso de que quieras hacer públicas estas cortas reflexiones no conoce la injustamente olvidada teoría de la perdedorina, así que tal vez sería menester que la explicases brevemente. Yo le contesté:

Muchas gracias Ricardo, efectivamente la tormenta nos amigó para seguir navegando este mar que aún se nos ha tornado más extraño que siempre. Aunque puedo imaginar de que se trataba, nunca me contó la fórmula secreta de la perdedorina. Seguro pensaba hacerse millonario patentándola. Como te imaginarás mucho menos la ganadorina. Un abrazo y gracias otra vez. Sergio.

Querido Sergio: (me contesta él)

Esto es un equívoco maravilloso, no traje la de la ganadorina, es que en un momento como éste es difícil traerla, ah, no, acá esta:

Mirá, el ruso y yo, investigando la sangre de grandes fracasos, conseguimos aislar una sustancia que pasaba desapercibida a los grandes fisiólogos y químicos y a la que él denominó perdedorina. Siguiendo un poco el sufijo que se aplica a otros compósitos sanguíneos como la guanina, hemoglobina, etc. En aquella época fundamos un centro de investigación secreto cuyo real objetivo era ganarnos el premio nobel y al que llamamos I.I.A.P. Instituto de Investigación y Asistencia de la Perdedorina. Probablemente el mayor suceso de nuestros esfuerzos fue demostrar que la conducta inexplicablemente perdedora de algunos hombres y mujeres no se debía a su aparato psíquico ni a su complejo de Edipo, sino a la alta concentración de perdedorina en la sangre. Vos no sabés pero varios de los personajes de tu libro sobre los pollerudos están afectados por lo que yo sugerí denominar SPA Síndrome perdedorínico agudo, muchos lo están por el SPC, el síndrome crónico, cuyo tratamiento es desesperante, para decir lo mismo. Nuestras investigaciones por supuesto fueron orientadas a la elaboración de una vacuna, de un suero denominado por antifrases: ganadorina. La apuesta era sintetizar la ganadorina que se encuentra en estado natural en la sangre de algunas mujeres. Porque te cuento un secreto: la genética ha premiado al sexo fuerte con mayor propensión al SPC, o sea Síndrome Perdedorina Crónico, siendo que las minas tienen una mayor producción espontánea de ganadorina. En fin, esa es la idea. Para darte un ejemplo de los desafíos que teníamos por delante nos hubiera gustado analizar la sangre de un tipo como John Lennon, que tenía toda la fama, las minas, la guita y se casa con aquel esperpento japonés y se hace matar por otro japonés

imbecilizado que lo ama desesperadamente. Bueno, esto es lo que mandado Ricardo por mail, ahora tiene la palabra Eduardo.

Es difícil encontrar el tono para hablar de Ricardo a un año casi de que se murió. Me pareció algo piola de parte de Sergio y ahora se trasunta en lo que estuvo leyendo, encontrar una forma que pierda la solemnidad que suele imponerse en relación a la tramitación del duelo, por lo menos que puede prevalecer, puede ser que sea una cuestión mía, pero creo que está instalado en nuestra cultura, que es difícil hacer un duelo con algo de festividad rescatando lo mejor, lo más alegre, lo más irónico y lo que le daba cierto sabor a su posición vital a aquella persona que duelamos. Por eso me parece oportuno encontrarle algún estilo, alguna forma que rescate desde la amistad de cada uno con Ricardo, algunas tramas, anécdotas que puedan dar algo de una presencia que hoy no está, que es la de él. A mi me cuesta mucho no deslizarme hacia la pena porque me produce todavía mucho dolor que Ricardo no esté. Yo con Ricardo tuve una amistad de mucho tiempo, casi de 20 años, de encontrarnos esporádicamente a tomar un café. En un estilo que lo caracterizaba inventó un sobrenombre para mí que me llamaba el epistemólogo turco, por suerte esto fue mucho antes de Menem, había algo muy particular porque el podía repetir eso en tono de broma y yo no puedo hacer su mímica, “ y ¿cómo anda el epistemólogo turco?, que se repetía y en esa repetición estaba algo que a mí me provocaba mucha gracia y que se reproducía también en mí. A mi me resultaba muy simpático que el me llame así más allá de que creo que incluía una especie de prejuicio en relación a los turcos o algo por el estilo, pero bueno. Creo que había cierta sorpresa yo le decía que era un ruso engreído que se sorprendía que un turco pudiese tener alguna preocupación epistemológica por eso me cargaba con ese nombre. Tuvimos una amistad de café, la que se entiende entre dos tipos que se reúnen a tomar café y a hablar de la vida, del psicoanálisis a veces de las minas, o casi siempre un poco de las minas, aunque particularmente con Ricardo no hablábamos demasiado confidencialmente. Les diré que tuvimos una amistad fuerte, intensa, como pueden tener dos hombres, sin conocer demasiado el uno del otro, sin conocer demasiado en el sentido de lo que se puede llegar a chusmear, así que se puede comentar, de eso yo no conocía mucho, algunas cosas, pero sin mayor importancia en el vínculo con él. Había un espacio compartido que es el que suele darse en un café que es una especie de misoginia compartida con una pantomima de dos tipos medianamente grandes y con algo de vida transitada, con algo de barrio, con algo de calle, una especie de pretensión de sabiduría que no sé si la teníamos pero bueno, la jugábamos un poquito en la pantomima esa que compartíamos. Para mí esos encuentros que fueron con esa frecuencia, para mí eran muy importantes, muy significativo el encuentro con Ricardo. Tengo la impresión que para él también lo fue. Rescato una serie de anécdotas, les voy a contar tres o cuatro que son las que permiten en todo caso transmitir lo que para mí me impactó más fuertemente las cuestiones de él. Hubo una ocasión en que hablar con él me sirvió de mucho, me pasaba siempre, pero particularmente, que fue cuando murió un hermano mío, un hermano mayor. Como yo suelo decir que hoy es menor que yo. Cuando se muere mi hermano voy a charlar con un amigo sobre mi pesar por la muerte de mi hermano y Ricardo me preguntó algo a boca de jarro: ¿y cómo vivió?. A mi me impactó mucho esa pregunta y me gustó esa pregunta y me hizo bien esa pregunta porque se suele preguntar y en eso podemos caer

todos, ¿y cómo murió?, y ¿qué pasó? para que se cuente alguna secuencia en relación al tema de la muerte. Él me preguntó y cómo vivió? Y me sirvió de mucho porque me sirvió reflexionar sobre eso, en cómo había vivido mi hermano, y esa pregunta de él me sirvió de mucho también ante la muerte de él, me sirvió para preguntarme y cómo vivió Ricardo?, y si tengo una impresión en esto es de que estaba más atento a su deseo de vivir y a las cosas que quería y bastante poco atento a cuidarse de morir, tengo esa impresión que no se cuidaba a cierto temor por la muerte. Les cuento otra pequeña anécdota ya más lejana. En una ocasión le pedí a él que me sugiriera un analista para mí, lo pensó un poco y sin mucho énfasis me sugirió a quien había sido su propio analista y lo llamativo del caso es la forma en que me lo sugirió, porque me dice, mirá es un tipo que no te hincha las pelotas, me pareció toda una definición, por un lado un rasgo de él, que era bastante.... y por otro lado de una posición que es cierto que no se puede jugar siempre así en la clínica en relación a la abstinencia y a la función del analista. Y me quedó eso recomendar un analista porque no te hincha las pelotas. En una ocasión charlando con otro colega, Juan Carlos Gorlero, surgió el nombre de Ricardo y que los dos éramos conocidos de él y Gorlero utilizó la palabra tipazo cuando se refirió Ricardo y yo sentí que esa palabra venía bien para Ricardo, que Ricardo era un tipazo, que como dice ... en los mails que leyó Sergio, era un tipo muy particular, todos tenemos rasgos particulares pero él era un tipo muy especial y eso se señalaba mucho, y de paso que no se muy bien que quiere decir pero me parece que venía bien para hablar de él. Una pequeña anécdota que también puede decir algo sobre él. En la ocasión de volver de un viaje me dice: “no sabés turco lo que me pasó, la cara de pelotudo que me ví”. Estaba en una catedral, no me acuerdo qué Catedral, creo que la de Toledo y vio su rostro reflejado en una especie de espejo, se sorprendió de la cara de solemnidad que lo había capturado. Me resultó muy interesante porque habitualmente él en charlas de café podía cagarse en esas cuestiones, pero es evidente que cualquiera puede quedar capturado en lo más idiotizante del Nombre del Padre en relación a todo un imaginario de sacralidad, y se impactó de ver su propia cara reflejada en sí. Un rasgo que todos observamos cuando él hablaba de su clínica y que lo quiero destacar, me parece que lo conocemos todos: él tenía una particularidad, yo nunca le escuché decir “un paciente mío”, nunca tenía esa forma atributiva, posesiva, o en el lenguaje no se le notaba eso. Él podía estar hablando en tono de descreimiento en la condición humana o cierta crítica a la tontería del fantasma de cada quien, podía decir: “la señora”, “esa señora” o “alguien que sigue viniendo al consultorio” aún en la plática, no lo escuché nunca decir un paciente mío. Bueno tengo muchas otras anécdotas que posiblemente no hagan sino ilustrarlo, lo que dije al principio, como hacer para hacer un homenaje a quien no está y si hay tal cosa, no?, cuando Sergio me invita a participar en un homenaje entre amigos me preguntaba ¿hay un homenaje verdaderamente a Ricardo?. En algún punto pienso que no es a él, en otro pienso que sí, que es al nombre de él y eso nos retorna a todos. Tengo la idea de que en esto de rizar el rizo, que se cumpla un año, nos permite a todos los que hicimos o lo que haremos volver a rizar el rizo del duelo, en eso me acordaba que un homeópata me dijo hace unos años que un duelo dura dos años. A mí me maravilló la certeza del homeópata, porque así como los analistas nos interrogamos sin piedad, él me dijo con mucha convicción que dura dos, y me permitió pensar si no había una cierta verdad en eso de un doble ciclo, de un volver a girar en torno a algo, en que lugar uno queda después de haber rizado el rizo del duelo. Yo lo

sentí así y a pesar de que intento de que no me tome la pena, creo que puedo participar en este homenaje a un amigo que no está y me duele que no esté, se me hace presente no ser solemne, aunque posiblemente no lo pueda evitar y sí recuerdo permanentemente la sonrisa y la carcajada de Ricardo, que posiblemente sea de las cosas que más me faltan. Ese contar un chiste, el disfrutar tanto del momento donde se le devela su propio chiste y salía con esa risotada, que hoy a mi me pesa todavía el silencio de esa risotada.

Buenas noches. Amigos. Les digo así porque los amigos de los amigos, amigos son. Estamos acá para hacer el homenaje a Ricardo Estacolchic, para recordar el tiempo en que estaba entre nosotros con su buen humor y con su buen espíritu, así que agradecemos a Sergio por la iniciativa de este acto y también por la invitación. Yo fui un amigo lejano de él, quiero decir, un amigo que moraba lejos, en otro país, con otra lengua, disfruté muy poco de su proximidad física, pero siempre que fue posible, así lo creo, con mucha intensidad, Así que la sección conversación de nuestras relaciones la debemos en mucho al correo y a la internet. Ustedes saben como son estas cosas: para llegar a decir algo en serio, hay montones de despelotes y nosotros creo que a esta parte, los despelotes, los chistes no la podíamos elidir. Por eso elegí para hoy dos cuentos con los cuales nos divertimos mucho. Yo pensé como sería una manera de mostrar una parte de nuestra relación, así que voy a leer dos cartas del paquete. La primera que voy a leer la mandó Ricardo, puede ser que la haya mandado también a otros y por ahí ya lo conocen, si no lo conocen reconocerán su letra en la preocupación con el cotidiano. Después les leeré el efecto de su letra en la introducción.

Querido Luis: va un pequeño cuento que se llama felicidad urbana.

Mucha gente debe creer que soy un gil, sin embargo yo procuro estar bien al día del progreso, ya tengo un virus en la computadora, se llama happy 99. Grande carajo!. Piensan que soy un gil porque no me la paso haciendo espamento con las cosas que tengo, siempre he preferido la discreción, no me gusta aparentar, pero ahora sabrán quien soy. La cantidad de minas que debo haber perdido por modestia, he sabido que a las minas les gustan los tipos modernos, ganadores que conocen la novedad del momento, tal vez yo debo haber aparecido ante ellas como un quedado, uno de esos infelices que el domingo toma un mate con bizcochitos de grasa... pero se acabó. Sabrán que yo, como todo el mundo recibo toda clase de mensajes de todas partes y leo toda sarta de pavadas en la computadora, que algunos de los mensajes están infectados. Sabrán que pronto llegará el técnico especializado, el Señor técnico especializado antes de que estropee y contagie a todos los usuarios de internet del mundo entero, antes de la debacle universal. Yo, hasta hace poco era uno de esos bobos que agarran papel y lápiz, lo digo con vergüenza, esos bobos que se complican la vida caminando dos cuadras hasta el correo y gastar \$1 para enviar la carta. En cambio ahora tomo mi compu, la enciendo, me comunico con el servidor y cuando me solicita la contraseña, el que me solicita la contraseña y después de un buen rato me informa de un error en hot2pi97it6yupbv, yo entonces miro la compu con alguna desorientación y decido probar de nuevo. Pruebo con mi contraseña, pasan 5 o 6 minutos, seguro porque la línea se haya ocupada, todos quieren comunicarse por la red: hablar, chatear, comprar, vender, averiguar, mirar, escuchar, pajearse, gente moderna como yo. Aparece en la pantalla que hay un error en tfghd%6// es evidente que me voy acercando a

mi objetivo. Mientras tanto hay montones de tarados que caminaron hasta el correo, los pobres tipos carecen de e-mail, tuvieron que comprar un sobre y pegar los bordes con saliva, algo verdaderamente asqueroso. En el quinto intento logro la comunicación: genial, ahora sólo debo llevar el mouse hacia donde dice Outlook Express. ¿Vos que programa tenés? ¿Tenés Outlook Express?. En fin allá vos. De pronto aparece un mensaje así: el programa ha efectuado una operación no válida y se apagará. Reinicielo en el modo tns3758jfh, en caso de que persistir el problema consulte el programa de ayuda en la tabla 34fsrt e inicie, pulse ya con el mouse. ¿Vos tenés mouse?. Mensaje de pantalla: no se puede enviar por un error en nnfi. Llamo por teléfono a mi servidor: Mongonet server, ¿Vos, cuál tenés?. Pasan varios minutos, ¿quién no desea comunicarse con el servidor?. Ahora oigo un contestador: gracias por llamar a Mongonet, si desea que le rasquen el ombligo marque 1, si desea garchar, marque 2, si desea comprar, marque 3, si desea vender, marque 4, si no desea nada, marque 5, si desea que un técnico de Mongonet le diga lo que desea, marque 6, si no desea nada, marque 7. Mi opción es la 425. Marco 425, mientras esto ocurre, montones de boludos fueron al correo, tuvieron que caminar dos cuadras y gastar \$1. Yo hago todo sin moverme desde mi oficina. La comunicación con el servidor se interrumpe, no sé por qué, seguramente porque todos llaman a Mongonet, no es para menos, es algo muy práctico que resuelve muchos problemas. Estoy de nuevo marcando el 425, ahora se oye la musiquita, sigue la musiquita, sigue la musiquita, sigue la musiquita, para no interrumpir la musiquita hablo por la otra línea, mejor tener varias líneas de teléfono, es más moderno. Aviso en casa para que no me esperen. También llamo para cancelar todas las actividades de mañana, el correo ya cerró sus puertas, no sin antes haber enganchado a un montón de boludos a \$1 por cabeza. Tu vieron que cobrar papel y sobre. Sigue la musiquita, en eso me contesta uno de los amables servidores. Cuando le digo lo que ocurre, me dice que espere en línea, me pone la musiquita, se nota que ha ido a consultar a una modernísima super computadora para resolver mi problema, sigue la musiquita, en caso de resolver el problema antes de las 10 de la mañana me voy a reír del grupo de boludos que fuea.... al correo. Yo hago todo desde mi oficina. Son las 4.30. El tipo me dice que tiene un virus, me dicta los pasos para eliminar el virus, tomo nota, son 7244 operaciones delicadísimas, que en caso de fallar ocasionaré un desastre irreversible, mejor llamar a un técnico. Lo estoy aguardando, seguramente llegará antes de que abran el correo.

Mi respuesta:

Querido amigo:

Tuve ganas de continuar tu cuento desde este personaje que dejás abierto, el funcionario de Mongonet, a lo mejor....

De todos modos sabés que el lunfardo es lo que hay de más difícil en la lengua para un extranjero, para un extranjero que conozca la lengua, que no es mi caso. Ya hace tiempo que leo español sin el amparo de un diccionario y aquí que ya termina la primera frase con una palabra que nunca había leído, o por lo menos que nunca me había llamado la atención, es mucha mi ignorancia especificando que nunca la había visto con letra minúscula. Yo había oído hablar de, tenemos nuestro cantante, Gilberto Gil, ya hace algún tiempo había acá un colega llamado Gil, el gordo Gil, y conocí también un personaje de Alarcón Gil-Gil,

muy simpático conocido en la rueda como el amigo de la muerte, a quien dediqué un texto titulado El duque de la verdad....

En este momento miro tu cuento y empiezo a vislumbrar la ironía de Alarcón. Pero esto sería otra historia. Así que inesperadamente me veo a escalar la montaña de la Cantabria, en busca del gil que los otros te creen. Llegué ahí ya al atardecer, siempre tarde, mirá vos, cuando estaba por finalizar...en aquella tarde, mientras otro gil había perdido el antebrazo y el ... de la oreja izquierda, poca cosa, nada grave. Estábamos en el ... altiplano, sobre la fuerza de la montaña protegidos del sol por la cumbre y abierto hacia el norte, donde se veía a lo lejos la bahía de Vizcaya. La disputa era por la riqueza del suelo, pues aquel inmenso plateau, inmenso considerando que estábamos en plena cordillera cantábrica era notablemente fértil, y prometía....el sol que terminaba de ponerse sobre el Atlántico, dejaba una sombra dorada cubriendo todo y a todos, mientras ..fuerte se colaba libremente. Dos giles que estaban prendiendo la hoguera, comentaron entre sí que al día siguiente querían cultivar unas semillas encontrada en el bolsillo del ... muerto para que pudieranque no convendría, pues esto serviría sólo para llenar los bolsillos de....no se puede luchar contra el destino. Hacía ya algunos años que estaban aquellas disputas con los romanos que se hacían robar la tierra, las mujeres y lo que era peor, también las cosechas. Pero lo que más me llamó la atención era su concepción de vida. Él pensaba que la vida era siempre así: cultivar y cosechar por la mañana, luchar contra los romanos después de la siesta hasta el ocaso, una.. y coger a la noche, cuando sobaban fuerzas, claro, quiere decir, poco. Cuando le dije al gil que la vida no sería siempre así, que habría progreso, que se iría a coger más, no pasaríamos el resto de la vida matándonos los unos a los otros, que un día los romanos dejarían de robar, ¿sabés lo que él hizo?, se rió en mi cara, se rió con aquella abierta, divertida de quien había escuchado un gran chiste y sabía que era solamente un chiste. Fue ahí que me acordé de un cuento que lo había contado....que lo conocen y me quedé pensando con ironía en la injusticia cometida por él, el cuento era así: un vasco venía por la estrada...seguramente El segundo venía con un loro en el hombro, el primer vasco pregunta: el bicho habla, y el loro contesta. Cuando me...larga y conocida frase.. espero cada día... y muchas gracias por tu cuento. Un abrazo.

Alex Droppelman

Bueno, yo en realidad conozco, tengo mucho menos historia en esto de conocer a Ricardo, nosotros somos más nuevos, también lo somos en el psicoanálisis desde Chile, pero si hay algo que a mí me llamó la atención entre estas permanentes bromas-en serio de Ricardo fueron muchas cosas en realidad, pero una de las cosas que a mí me sorprendió permanentemente fue la generosidad con que siempre se planteó con nosotros. Yo quiero recordar que antes de que nosotros iniciáramos las actividades que hemos desarrollado en Chile apoyados por la generosidad de muchos psicoanalistas argentinos y yo deambulaba por un pasillo en el Lacano como un chileno perdido, tal vez el único, no tal vez, era el único, y me tocaba exponer, y en la sala de al lado exponía Pura, el destino era bastante claro, de una terrible soledad en mi sala, entonces se me acerca Estacolchic y me dice que a él le gusta mucho Chile, y que en verdad le sorprende que haya un chileno y que el mañana me va a estar escuchando. Al otro día llega puntualmente, yo creo que cuando vieron entrar a Estacolchic entraron varios más equivocadamente y entonces la sala estuvo un poquitito

menos vacía. Cuando terminé mi exposición, él hizo una o dos intervenciones generosas y después nos juntamos a conversar. Yo le conté y le dije con estas palabras: yo tengo un sueño: el sueño es que algún día pudieran ir a Chile muchos analistas como ustedes a transmitirnos su enseñanza y que de ese modo pudiéramos abrir un espacio para que el psicoanálisis circule. Y me dijo: ¿y por qué no lo hace?. Bueno, porque en realidad es bastante difícil, tenemos la imposibilidad a veces del dinero, es difícil generar estas cosas en un lugar donde el psicoanálisis no transita. Y él me dice, bueno, yo te conté que a mí me gustaba Chile y los chilenos, por eso es que he estado aquí. Entonces yo te cuento que yo voy a Chile cuando tu quieras, y no te preocupes, yo me pago mis cosas, me pago el pasaje y estaré allí. La verdad que lo que él dijo, tuvo un efecto y el efecto es que yo pensé que a lo mejor ese sueño era posible. Y a partir de allí seguí con la idea y me animé a conversar con otros argentinos y a partir de esas conversaciones finalmente se gestó toda una actividad que hasta el día de hoy perdura, actividad que efectivamente partió y se inaugura con la misma marca de la generosidad de Ricardo. Entonces también cuando yo recuerdo a Ricardo quiero también extender un poco el agradecimiento a los otros analistas que nos han acompañado hasta aquí. Ahora, esa generosidad también se observaba en un gesto, que al menos a mí no me pasó nunca desapercibido y era que todo el tiempo que yo estuve con él, porque quiero contar que cuando van los analistas argentinos yo tengo la suerte de estar todo el tiempo con ellos, aprendo mucho, me enseñan muchas cosas y aprovechamos de conversar algunas otras. Pero también de observar lo que cada cual hace con las cosas cotidianas de su vida. Y a mí me sorprendió que en Chile se usa mucho que en las esquinas de las calles cuando paran los automóviles se acercan mendigos a pedir una moneda. Ricardo, yo no sé cómo se las ingeniaba para andar con el bolsillo lleno de monedas, pero no dejaba de darle monedas a nadie, y eso fue algo que en un momento dado me sorprendió y le digo: bueno, tu le das siempre monedas a los mendigos, y él me dijo: ¿cómo te diste cuenta?, bueno, le digo yo, mirando, ah!, eso, y no me dijo nada más. Pero cuento eso que me llamaba la atención de cómo él se prodigaba con aquel que le pedía. Yo pienso que él en cierto modo sabía leer la falta. E intentaba cubrirla con una moneda, pero sólo era un gesto en que él podía entender que la falta existía. Yo quise estar hoy día aquí, a pesar de que probablemente me siento también extranjero y probablemente es un lugar en el cual con mucho pudor lo ocupó con cierta impropiedad. Pero lo quise ocupar porque pienso que no quise faltar, en cierto modo no quise faltar a un lugar donde se conmemora el nombre de alguien que hace falta, al menos en Chile, también nos hace falta. Después de esto, y las cosas son siempre curiosas, nosotros quisimos conocer Valparaíso, la casa de Neruda, y otros lugares, entonces deambulamos con Ricardo por las escaleras de Valparaíso, recorrimos ascensores y llegamos a la casa de Neruda, donde yo creo que él pudo mirar el mar de otra manera. Y me hace asunto que en la anécdota que él cuenta de los romanos, él habla de cómo se colocaba el sol en el Pacífico, y de alguna manera el sol en el Atlántico es de distinta manera, entonces Ricardo se queda tomado de una frase de la casa de Neruda, en la Sebastiana, donde habla digamos Neruda de cómo el sol se despeña por el cerro en un brillo dorado, y en ese momento que el mar se veía dorado, quizás por la misma ventana que lo vio Neruda, y efectivamente el mar a nosotros se nos despeña, no es el mar que ustedes lo viven como una pampa, de ahí que a lo mejor Borges pueda hablar del infinito y nosotros siempre hablamos de los vértigos, de la ruptura. Bueno, a partir de allí, íbamos

saliendo y yo le vuelvo a contar –que generalmente lo hago con los amigos argentinos que nos visitan- le cuento de nuestros sueños, de nuestras ideas, de nuestros propósitos, de nuestros deseos, entonces le digo que tenía la idea de que podríamos como con las conferencias de los distintos analistas poder armar una publicación de una revista. Entonces le digo que yo había pensado que el nombre de la revista podía ser Revista del Pacífico. ..con el objeto a con la letra a del Pacífico, entonces íbamos saliendo, y en la Sebastiana hay un salón de actos que es el agregado a la sala de Neruda, entonces me dice, bueno, aquí se podría hacer el lanzamiento, le digo sí, por supuesto, aquí tenemos que hacer el lanzamiento, como una idea a lo mejor un poco agrandada para nosotros allá. Bueno, lo cierto es que después de la muerte de Ricardo, publicamos la revista, que es la Revista del Pacífico, el lanzamiento lo hicimos en la casa de Neruda, en la sala de actos que el propuso, y eso es algo que en cierto modo a nosotros nos ha llenado hasta el día de hoy de un inmenso honor. Quiero decir que en ese acto estuvo José Zuberger, y conmemoramos juntos, argentinos y chilenos, la partida de Ricardo. Quiero decir también la generosidad de Ricardo me ha dejado muchas otras cosas, por ejemplo un gran amigo, un muy gran amigo como Sergio Rodríguez, porque cuando yo quería explorar algunos nombres que nos visitaran en Valparaíso, él me dio el nombre de Sergio y de esa manera yo conocí a Sergio, y ahora estoy sentado aquí y con él he generado una grande amistad, que además también me ha ayudado como a hacer circular una manera de hacer letra en el psicoanálisis que tiene que ver con una forma que Ricardo llevaba más vernácula al psicoanálisis, hacerlo circular por distintos lugares, en ciertos pasos de cotidianidad. Bueno, así como hicimos la revista, mi amistad con Sergio nos ha hecho hacer ahora un periódico, entonces hay ahora un periódico que no se llama Revista del Pacífico, ahora que se llama “La voz del Pacífico”, porque los periódicos normalmente se vocean, y se vocean en la calle, en el espacio de lo público, así que va a salir con mucha novedad a circular un periódico de corto tiraje al principio por los kioscos de la ciudad de Viña del Mar, ciudad que acogió a Ricardo y espero gratamente su visita. Bueno, y nos queda aún a lo mejor una deuda: en esto de hablar en psicoanálisis y pensarlo en una circulación más vernácula, yo hacía un juego con una frase, que consistía en que tal vez había que escribir una palabra, ya que la poesía se parece al psicoanálisis y yo lo había pensado en mi juventud para la poesía que era “la poesía está en la calle”, habría que hacer un giro y decir que “el psicoanálisis está en la calle” y en ese juego que él inventaba, yo le dije mostrando un muro cerca de las conferencias donde se editaban que en ese muro, algún día cuando hiciéramos otra actividad íbamos a escribir “el psicoanálisis está en la calle”. Vamos a tener un congreso este año, un congreso internacional donde esperamos que vaya mucha gente, ojalá muchos de ustedes, de distintos países, y los que vayan quizás abrir bien el ojo porque a lo mejor en algún muro de la ciudad, la frase de Ricardo circula. Bueno, esto sería lo que yo quería decir esta noche.

Bueno, la verdad que no traje nada escrito como ustedes verán, ni siquiera nada pensado, y sigo sin poder pensarlo. Por otro lado tuve ese acto fallido sin fallar, pero que estuvo y que era en relación a no encontrar la fórmula de la ganadora. Ricardo y yo nos hicimos amigos, la verdad que sin darnos cuenta. Estábamos en una misma institución, había habido un debate, yo había debatido un tanto frontalmente, y me acuerdo que Ricardo me dijo que

quería hablar conmigo, nos encontramos, entonces me dijo por qué era tan frontal. Bueno, yo le doy mis explicaciones, que se yo por qué, y él me dijo que le parecía que no, que así no servía, que esto, que aquello. Pasaron unos 20 años, más o menos y en uno de los encuentros de café al estilo de los que habla Eduardo tuvimos una discusión donde me dijo por qué era tan frontal, etc. Quiere decir, fue una amistad como si no hubiera pasado nada, pero en realidad había pasado mucho, que era que los dos seguíamos discutiendo porque habíamos partido de lo diferente que éramos y seguíamos siendo tan diferentes como antes. Probablemente eso era lo que hacía que la amistad entre ambos fuera una amistad que estaba más marcada por el estilo de Ricardo, en el sentido de que lo conversábamos hoy en la entrada con los colegas, y había otros colegas que estaban por allá de que Ricardo tenía un estilo de hacer amistades cercanamente lejanas o lejanamente cercanas. Era pautado en las amistades, algo que decía Eduardo a mí me hacía acordar. Efectivamente era un hombre reservado, y al mismo tiempo era capaz de soportar la reserva de los otros, nunca preguntaba, ni nunca tampoco se sentía compelido a decir aquello que quisiera mantener en reserva. Era muy divertido y de risa fácil, explosiva, recordaba Eduardo como lo ausente, al mismo tiempo que era un hombre que no pensaba que el mundo tuviera salvación, ni nada por el estilo, en ningún momento dejaba de preguntarse por lo que pasaba en el mundo. De la misma manera era en relación a sus pacientes. Las conversaciones entre él y yo a partir especialmente de Pollerudos, del libro, tomaron como un ingrediente importante de intercambio clínico entre ambos, la cuestión de conversar casos. Pero tanto él como yo, jamás, nunca nos dimos mutuamente ningún dato que permitiera saber de quien estábamos hablando. Jamás lo habíamos acordado ni pautado, era algo que se daba por sentado. En esas conversaciones, me acuerdo la última que tuvimos, ya en su consultorio nuevo, donde él falleció, me dijo algo muy parecido a lo que le dijo a Eduardo, cuando Eduardo le pide un analista y le da el de él, me dice mirá por lo menos no te hincha las pelotas. Los últimos años de su vida él estaba muy ocupado en el tema del fin de análisis. Y él fue pasando por una cantidad de posiciones desde que no era necesario exponer ante pasadores y luego un jurado como es lo más o menos acordado dentro del movimiento lacaniano, hasta saben que sí, él se presenta al jurado de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, hace el pase y efectivamente es nominado AE, y sin embargo en el último escrito que él hace sobre el tema del pase vuelve a ponerse él en cuestión toda la cuestión. Lo digo no porque me interese la posición o el resultado en esas cuestiones sino que lo que tenía Ricardo era eso que él estaba permanentemente en cuestión tanto aquello en lo que él creía como inclusive su misma ubicación dentro de lo que él creía. Lo único que nunca le escuché cambiar y ahí vuelvo a lo que estaba diciendo antes, es lo que a mí me lo dijo de otra manera, pero es parecido a lo que le dijo a Eduardo, que fue en esa última conversación donde habíamos estado conversando sobre un caso y una serie de alternativas y cuestiones que iban pasando alrededor de eso, entonces finalmente cuando ya casi nos estábamos despidiendo me dice, mirá gordo, la verdad, yo no sé si curé a mucha gente, me parece que no, lo que estoy seguro es que no jodí a nadie, y me parece que esta era la posición básica de él, esto que Eduardo decía sobre la abstinencia, etc. La posición básica de él era que cada uno fuera encontrando su camino y se metiera en ese camino y él no funcionar como obstáculo a eso desde supuestas ideas, ideales, ideologías, conceptos o lo que fuera. Se que acá hay algunos

ex-pacientes de él, algunos los conozco, no porque él me lo haya contado, sino porque ellos me lo contaron y se que en este momento deben estar pensando, sí , es cierto, era así.

Y después estaba toda la otra parte, la parte divertida, que me parece que fue el gran paso que el pudo dar en su vida, porque en realidad, por lo no mucho, pero algo que conozco de la vida de él, venía de una vida dura, difícil, trágica, y logró hacer a través del análisis un paso que me parece que fue muy importante, que es pasar de la pura tragedia a la tragicomedia, donde eso le facilitó tomar el mundo de otra manera. Les cuento una sola anécdota y con esto cierro y que tiene me parece que ver con ese pasaje que el hizo. Habíamos escrito pollerudos, el libro había tenido lo que llaman éxito en el terreno editorial, andábamos ya por la segunda edición, entonces un día nos encontramos en el café y me dice: No sabés lo que me pasó, una cosa completamente loca. Agarra una mina, habla por teléfono, yo levanto el tubo, yo digo hola y me dice: ¿Está el Dr. Estacolchic?, le digo, soy yo, ah!, usted es el autor de Pollerudos con ese tal Rodríguez?, si, si, soy yo dice. ¿Sabe que pasa?, ustedes escribieron eso porque la tienen corta. Te das cuenta, está loca la mina, está completamente loca. Le dije boludo por que no le dijiste que la vaya a probar?, -No me avivé gordo!.

Creo que ese era Ricardo Estacolchic, y pido un aplauso para él y que con esto demos por terminado esto.